

Siete verdades que recordar al enfrentar gigantes

1ª Samuel 17



¿Recuerda usted la primera vez que le contaron la historia de David y el gigante —y cuán emocionante fue? Tal vez la haya oído tantas veces, que ya no le causa la misma impresión. Para apreciar esta lección, simule que está oyendo la historia por primera vez. ¿Puede hacerlo? ¡Estupendo! Estudiemos una de las más emocionantes aventuras que se narran en la Biblia.

El comienzo de 1ª Samuel 17 halla a los israelitas en guerra, pues dice que “los filisteos juntaron sus ejércitos para la guerra” (verso 1). Los filisteos habían venido de islas del Mar Mediterráneo a Palestina, y habían fundado ciudades a lo largo de la costa. Constituían un constante tormento para los israelitas. Ahora habían venido a pelear contra éstos.

En los versículos 1 al 3 se ambienta la escena: El rey Saúl y su ejército estaban puestos en orden de batalla sobre un monte; mientras que los filisteos se habían juntado sobre otro monte al otro lado del valle. En medio de ellos estaba el valle de Ela. Todas las mañanas, los dos ejércitos se ceñían sus armaduras, daban un gran grito de combate (17:20— 21) y se lanzaban insultos el uno al otro; pero ninguno de los dos daba el primer paso. Por último, de entre los filisteos salió un gigante, una imponente figura de enorme presencia física: «Salió entonces del campamento de los filisteos un paladín, el cual se llamaba Goliat, de Gat, y tenía de altura seis codos y un palmo” (17:4). ¡Esto equivale a una estatura de aproximadamente dos metros noventa centímetros!⁴ Suponiendo que Goliat era proporcionado como la mayoría de los hombres lo son, ¡él habría pesado de 275 a 365 kilogramos! ⁵ Estamos hablando de más de 275 kilogramos de músculo; no de grasa. Había sido soldado desde su juventud (17:33). Era un veterano endurecido por la lucha.

Llevaba puesta una armadura completa, que incluía un casco. ¡Su «cota de malla» pesaba de sesenta a setenta kilogramos! Llevaba una lanza en su mano, y una jabalina de repuesto que colgaba sobre la espalda. ¡El asta de su lanza era como un rodillo de telar, y el hierro de su lanza pesaba de siete a nueve kilogramos! (¡No tenía que lanzársela a nadie; bastaba con que la dejara caer sobre la cabeza del oponente!). Su escudo era tan grande, que otro soldado tenía que llevarlo delante de él.

Entró dando fuertes pisotones en el valle de Ela, y dio voces diciendo: «¡Enviad a vuestro paladín, y resolveremos esto a golpes!”. Este fue el desafío que lanzó: “Si él pudiere pelear conmigo, y me venciere, nosotros seremos vuestros siervos; y si yo pudiere más que él, y lo venciere, vosotros seréis nuestros siervos y nos serviréis” (17:9). A esto se le llamaba “desafío al combate singular”, y se le

reconocía como una legítima manera de resolver disputas militares. No es una mala idea. La próxima vez que la guerra entre dos países parezca inevitable, ¡los dos dirigentes podrían resolver el conflicto a golpes, y así mantener al margen de éste al resto de todos nosotros!

El versículo once dice: «Oyendo Saúl y todo Israel estas palabras del filisteo, se turbaron y tuvieron gran miedo». El versículo 16 hace notar: «Venía, pues, aquel filisteo por la mañana y por la tarde, y así lo hizo durante cuarenta días». Goliat había llegado al valle de Ela dos veces al día durante cuarenta días, a lanzar su desafío; esto suma un total de ochenta veces. Estaba a punto de lanzar su desafío por octogésimo primera vez.

Debía de haber causado miedo el enfrentar a un gigante de casi tres metros... sin embargo todos nosotros tenemos gigantes en nuestras vidas: problemas que se ciernen amenazadoramente sobre nosotros, ya los cuales tenemos que hacerles frente, y resolverlos si es que hemos de seguir adelante con nuestras vidas. Puede que tengamos una contienda judicial, una lucha con un patrón, un mal hábito, una tentación avasalladora, o alguna relación tirante que hemos estado tratando de mejorar. Puede que tenga que ver con personas o con presiones de la vida; es causa de ansiedades y temores. Si usted todavía no ha tenido que hacerle frente a un gigante en su vida, ¡le aseguro que tarde o temprano tendrá que hacerlo!

Lo que para mí es un gigante, puede que a usted no le parezca así, pero esto no hace que deje de serlo. Lo que para usted es un gigante, puede que a mí no me parezca así, pero es, sin embargo, muy real. Cada uno de nosotros sostiene combate con sus propias tentaciones especiales —gigantes que enfrentamos todos los días de nuestra vida, ¡y que son muy reales! Nunca subestime los gigantes con los cuales pueden estar luchando los demás.

Todos enfrentamos nuestros propios gigantes, desafíos que se ciernen amenazadoramente sobre nosotros, problemas que nos debilitan las rodillas. La pregunta es esta: « ¿Cómo podemos derrotar los Goliats de la vida?» En 1ª Samuel 17 encontramos siete verdades que recordar al enfrentar gigantes, siete verdades que nos pueden ayudar a obtener la victoria.

I. LOS GIGANTES APARECEN CUANDO UNO MENOS LOS ESPERA (17:12-15, 17-23)

Cuando David estaba en su casa en Belén, sus tres hermanos mayores estaban en el ejército de Israel. Habían ido con Saúl a pelear con los filisteos. La costumbre era que los hijos mayores fueran a la guerra, mientras que los menores se quedaban en casa y hacían las tareas. David, por supuesto, era el benjamín de la familia, el menor de diez hijos. Es probable que fuera un adolescente, que todavía no hubiera cumplido los veinte años.” Pasaba la mayor parte del tiempo en los campos de pastoreo. De vez en cuando iba al palacio de Saúl a tocar el arpa para el rey (17:15), pero su trabajo cotidiano era cuidar de las ovejas.

Un día Isaí le dijo a David: «Tus hermanos tienen cuarenta días de haberse ido, y no sé qué les haya ocurrido. Quiero que vayas y veas cómo están. Llévalas estas provisiones; y trae noticias de ellos». Belén se encontraba a tan sólo 24 kilómetros, pero ya había pasado más de un mes que la familia no sabía nada de los hermanos. La frase «toma prendas de ellos» (17:18) puede referirse a algo tangible que David había de traer como prueba de que estaban bien. «Se levantó, pues, David de mañana, y dejando las ovejas al cuidado de un guarda, se fue con su carga como Isaí le había mandado» (17:20).

Cuando David se dirigía hacia el valle de Ela, estoy seguro de que en lo que menos estaba pensando era en pelear contra un gigante. Esa mañana había amanecido como cualquier otra. No hay duda de que David estaba emocionado —no era para menos, pues iba a ver a sus hermanos, y a ver también la batalla— pero no tenía premonición alguna de lo que le esperaba, no tenía idea de que se enfrentaría con un gigante.

Los días cuando los gigantes aparecen en la vida de uno comienzan como cualquier otro día. Uno se levanta; lleva a cabo las acciones de rutina; puede que sea un buen día, o que no sea un día tan bueno, pero es como la gran mayoría de los días de la vida de uno. Luego llega una carta por correo... o llega un telegrama... o el teléfono suena... o alguien pasa a vernos. Tal vez el patrón lo llama a uno a su oficina... o uno hace una consulta de rutina al doctor para tratar algún problema de salud que le ha estado molestando insistentemente, pero que considera insignificante... o su cónyuge le dice a uno: «Tenemos que hablar». De repente, el gigante se cierne amenazador.

Cuando David llegó al valle de Ela, él dejó las provisiones en mano del encargado y fue a ver cómo estaban sus hermanos. Cuando hablaba con ellos, «he aquí que aquel paladín que se ponía en medio de los dos campamentos, que se llamaba Goliat, el filisteo de Gat, salió de entre las filas de los filisteos y habló las mismas palabras» (17:23). Estas palabras se encuentran en el versículo 10: «Hoy yo he desafiado al campamento de Israel; dadme un hombre que pelee conmigo». Imagínese usted el sarcasmo que había en la voz de Goliat: «¡Ya llevo cuarenta días de estar aquí! ¡Ya son ochenta y una veces que he lanzado este desafío! ¿Acaso no hay en todo Israel uno que tenga la suficiente valentía de enfrentarse conmigo?».

El versículo 23 hace notar: «Oyó David [las palabras que Goliat habló]». No podía pasar por alto el hecho de que un gigante se le había presentado en su vida. Tome nota de esto: Tarde o temprano, usted tendrá que enfrentar su gigante.

II. UNO PUEDE ENFRENTAR GIGANTES CON FE O CON TEMOR (17:24-27)

El texto que estamos estudiando contrasta el temor de los soldados con la fe de David. El versículo 11 hace notar: «Oyendo Saúl y todo Israel estas palabras del filisteo, se turbaron y tuvieron gran miedo». El versículo 24 dice: «Y todos los varones de Israel que veían aquel hombre huían de su presencia, y tenían gran temor».

Cuando David hablaba con sus hermanos, el gigante salió y lanzó su desafío. ¡David no daba crédito a sus oídos! «¿Oyeron lo que ese filisteo dijo?». Ninguno contestó. David miró a su alrededor, y vio que lo habían dejado solo. ¡Todos se retiraron unos quince metros a un lugar seguro! «Y todos los varones de Israel que veían aquel [gigante] huían de su presencia, y tenían gran temor.» (Énfasis nuestro.)

Cuando David llegó donde las tropas se refugiaban medrosas, los soldados hablaban de la situación. En vista de que ninguno se ofrecía como voluntario para pelear contra el gigante, Saúl le puso atractivo a la idea. Les dijo: «Al que matare a este filisteo, lo haré rico. Le daré mi hija por esposa, y la casa de su padre será libre», es decir, será eximida de tributos y de servicio público.

Hagamos una pausa para plantear la siguiente pregunta: De todos los soldados que estaban en orden de batalla del lado israelita, ¿cuál era el que lógicamente debía pelear contra el gigante? ¿Cuál de ellos era desde los hombros arriba más alto que todo el pueblo —el que estaba más cerca de la estatura del gigante? Este no era otro que Saúl mismo —pero Saúl tenía miedo, y por esta razón presentó a sus hombres estos incentivos.

Yo creo que David ni siquiera prestó atención a estos atractivos ofrecimientos. Lo que a él le molestaba era que el nombre de Dios había sido blasfemado. David no estaba interesado en galardones; sino que le preocupaba la honra de Dios. Note las palabras que dice al final del versículo 26: «¿Quién es este filisteo incircunciso, para que provoque a los escuadrones del Dios viviente?». (Énfasis nuestro.)

¡Todos deberíamos tener un corazón como el de David! Oímos que día tras día se blasfema el nombre de Dios —y nosotros como si nada. Nos endurecemos y no le damos importancia. ¡David, en cambio, se enfureció! Estaban insultando al Dios viviente. «¿Acaso no hay quien haga algo al respecto?!».

Cuando los gigantes entran en nuestras vidas, podemos tener miedo, o podemos enfrentarlos con fe en Dios. Podemos dejar que nos avasallen, o podemos verlos como oportunidades para glorificar el nombre de Dios.

III. SIEMPRE HABRÁ QUIEN ESTÉ PRESTO A HACERLO DESISTIR A UNO (17:28-33)

A uno le parece que cuando alguien tiene problemas, todos los demás que le rodean le darán apoyo, le ayudarán y lo fortalecerán —pero no sucede así. En lugar de ello siempre habrá alguien que estará presto a decir: «No, no puedes hacer eso. No sabes lo que hay que ponerle. Es mejor que te rindas».

Cuando llegó el momento de pelear contra el gigante, el padre de David ya había dicho: «Eres muy joven». Isaí envió a los hijos mayores al ejército; a David no lo envió.

Ahora el hermano de David decía: «Eres muy inmaduro». Y oyéndole hablar Eliab su hermano mayor con aquellos hombres, se encendió en ira contra David y dijo: ¿Para qué has descendido acá? ¿y a quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto? Yo conozco tu soberbia y la malicia de tu corazón, que para ver la batalla has venido (17:28).

Tenga presente quién era Eliab. Fue el primero que entró en la casa cuando Samuel estaba allí para ungir al futuro rey. Samuel había pensado: «¡Ese es el escogido!», pero Dios puso Su mano en el hombro de Samuel y le dijo: «No, ese no es. Yo no veo como el hombre ve. Yo veo el corazón». Entonces Eliab tuvo que hacerse a un lado y observar cómo el cuerno de aceite fue derramado sobre la cabeza de su hermano menor, David. Los celos se lo estaban comiendo. Se burló de los motivos de David, de su trabajo y de lo que había en su corazón. La respuesta lógica de David habría sido enredarse en una pelea con su hermano. ¿Tiene usted hermanos y hermanas? ¿Alguna vez armó un escándalo con ellos? Si David hubiera sido como nosotros, es probable que se hubiera enredado en un pleito a puñetazo limpio con Eliab. Así sucede a menudo cuando enfrentamos gigantes. En lugar de usar nuestras energías para pelear contra los gigantes, peleamos contra las personas. Perdemos el gozo y nos ponemos negativos, de tal modo que la emprendemos con los inocentes que nos rodean, usando la energía que debería emplearse para derrotar nuestros gigantes.

David, en cambio, rehusó dejarse distraer en pensáramos en la forma como Dios nos ha ayudado constantemente para hacerles frente a nuestros problemas, estaremos preparados para cuando los gigantes entren sin ser invitados en nuestras vidas.

V. PREPARÉSE DE LA MEJOR MANERA QUE PUEDA Y DESPUÉS DEPENDA DE DIOS (17:37—47)

Saúl debió de haber estado desesperado; no se me ocurre ninguna otra razón por la que le encargó la tarea de pelear contra un gigante a un muchacho. Le dijo Saúl a David: «Ve, y Jehová esté contigo» (17:37b). ¿No es irónico que el rey conocía el lenguaje de fe, pero no la vida de fe? Si Saúl realmente hubiera creído que el Señor iba a estar con David, y que iba a darle la victoria, ¡él mismo habría estado en el campo de batalla!

Es inevitable que nos impresione la confianza con que David se conducía, en contraste con la falta de confianza que había en todos los que le rodeaban. David estaba confiado debido, por lo menos, a tres razones. Estaba confiado debido, en primer lugar, a su preparación. Esto es lo que se insinúa en 17:38-39.

Estos versículos se refieren a una escena cómica en la que Saúl viste con su armadura a David. No tengo idea de la razón por la que Saúl deseaba que David se vistiera de su armadura. Puede ser que Saúl esperaba que se le reconociera su participación (como el que dice: «Le disparó a ese oso con mí escopeta»). Por la razón que fuera, lo cierto es que a David se le puso la armadura —con casco, espada y demás accesorios. Después, el texto dice que David «probó a andar»

(17:39a; énfasis nuestro). ¡Imagínese a David, que usaba la medida 34 regular, poniéndose la medida grande de Saúl! ¡No podía caminar, mucho menos combatir! David se quitó la armadura y dijo: «Yo no puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué» (17:39b).

En otras palabras, dijo: «Me quedo con lo que sé». Confiaba en lo que sabía que podía hacer, en lo que había resistido la prueba para él en el pasado. ¿Qué era eso? Sabía que podía hacer girar una honda y lanzar una piedra con ella. Tenía confianza en su preparación.

Lo anterior insinúa una segunda razón para estar seguro, y ésta era que confiaba en sus armas. No tenía una de sus más formidables armas: su vara —la robusta vara con la cual mataba leones y osos (17:35). Lo que sí tenía, en cambio, era su honda (17:40).

Puede que usted conozca la honda que se hace con una rama bifurcada. La honda de David era un trozo de cuero que se doblaba a modo de receptáculo, de cuyos dos extremos se ataban sendas tiras de cuero. Para el lanzamiento, se ponía una piedra en el receptáculo, se tomaban ambas tiras juntas con una mano, se hacía girar el receptáculo y se soltaba una de las tiras. Cuando yo era joven, varias veces hice una honda de la lengüeta y los cordones de un zapato y probé a lanzar proyectiles con ella. Ponía una piedra pequeña en la lengüeta, hacía girar la honda sobre mi cabeza y soltaba uno de los extremos. La piedra volaba hacia el blanco... a menos que volara en otra dirección. Rompí tantas cosas que...era mejor dejar de hacerlo. De todas las armas que se han inventado ésta debe de ser la que menos se deja dominar.

Sin embargo, aunque no parece así, había quienes alcanzaban gran precisión con este impredecible instrumento. Jueces 20:15—16 habla de setecientos benjamitas zurdos, ¡«todos los cuales tiraban una piedra con la honda a un cabello, y no erraban»! Una vez que Roy Osburne se encontraba de visita en Palestina, vio a un joven pastor de cabras, sentado a la sombra, sobre la pendiente de una colina. Sus cabras estaban desparramadas en un radio de unos 90 metros. El muchacho estaba cuidando del rebaño con su honda. Si una cabra se empezaba a alejar, el joven tiraba una piedra enfrente del animal para hacerla volver al rebaño, asustándola. Roy se acercó al pastor, le señaló una higuera que se encontraba a cierta distancia, y le pidió que la usara a modo de blanco. El muchacho puso una piedra en su honda, la hizo girar cada vez más rápidamente hasta que se hizo borrosa, por último soltó uno de los extremos, y la piedra se hundió en el centro del tronco.

David, aparentemente, había adquirido ese nivel de destreza. «Y tomó su cayado en su mano, y escogió cinco piedras lisas del arroyo, y las puso en el saco pastoril, en el zurrón que traía» (17:40a). David bajó la pendiente con un cayado en su mano —que no era un arma, sino el cayado que usaba para caminar. Cuando llegó al arroyo que estaba en medio del valle, escogió cinco piedras lisas. Note que las escogió; no se limitó a tomar las primeras cinco piedras

que estuvieran a mano. Recogió una piedra, y pensó: «No, esta no servirá». La tiró a un lado. Tomó otra, y pensó: «Puede que esta sirva». La retuvo mientras buscó otras que pudieran servir. Con sumo cuidado escogió una, dos, tres, cuatro, cinco piedras que eran exactamente lo que necesitaba. Llevaba el pequeño saco pastoril consigo, que por lo general le servía para llevar su almuerzo, pero en el cual puso esta vez cinco piedras; y estuvo preparado para enfrentar al gigante. Mientras los ojos de los soldados de dos ejércitos estaban fijos en este muchacho que había bajado al lecho del río a recoger piedras, ¿puede usted imaginarse las apuestas que se estaban haciendo sobre esta contienda? Mientras él marchaba hacia el gigante, ¿de qué lado cree usted que estaba el dinero de la gente que entendía de apuestas?

Por supuesto, cuando David marchó hacia adelante con confianza, no lo hizo solamente por su preparación y por sus armas. Su confianza se debía primordialmente al Dios en quien la había depositado, y de quien dependía. Los versículos 40 y 41 trazan un marcado contraste entre los dos combatientes: «Tomó su honda en su mano, y se fue hacia el filisteo. Y el filisteo venía andando y acercándose a David, y su escudero delante de él». Del oeste venía el gran paladín vestido de su armadura, con su enorme lanza engalanada con plumas, con su casco de bronce resplandeciendo a la luz del sol. Y del este venía, en cambio, un joven pequeño, de mejillas sonrosadas, vestido de túnica y calzando sandalias, con una honda de pelo de cabra.

Cuando el gigante vio a David, le ofendió lo que vio. Y cuando el filisteo miró y vio a David, le tuvo en poco; porque era muchacho, y rubio, y de hermoso parecer. Y dijo el filisteo a David: ¿Soy yo perro, para que vengas a mí con palos? Y maldijo a David por sus dioses (17:42—43).

Cuando Goliat maldijo a David por sus dioses —Dagón, Baal y el resto de ellos— él cometió un grave error. ¡Convirtió un enfrentamiento militar en una confrontación teológica! Ahora iba a ser «Dios contra los dioses» (con «d» minúscula).

Goliat trató de intimidar a David, diciéndole: «Ven a mí, y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo» (17:44). A nosotros nos intimidan los desafíos que se nos presentan, ¿verdad que sí? Por lo general podríamos hacerles frente a nuestros gigantes si tan solo pudiéramos lograr que nuestras rodillas dejaran de temblar.

La estratagema hubiera tenido efecto en mí. Yo me habría quedado petrificado si un monstruo de casi tres metros de estatura me dijera que iba a darle de comer a las aves mi cadáver. Sin embargo, en lugar de aterrorizar a David, la amenaza de Goliat motivó una de las más grandes expresiones de fe de la Biblia: Entonces dijo David al filisteo: Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado. Jehová te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y te cortaré la cabeza [...] y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel. Y

sabr  toda esta congregación que Jehová no salva con espada y con lanza; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos (17:45—47).

«De Jehová es la batalla». Si usted no ha subrayado ese pasaje en su Biblia, necesita hacerlo. Ese era el sencillo principio por el cual David guiaba su vida. No tenía nada que probar, ni nada que perder. No estaba tratando de impresionar a nadie. Lo  nico que estaba haciendo era defendiendo la causa de su Dios. Quería que todos supieran que hay un Dios en los cielos, y que de El es la victoria. Suger  anteriormente que uno necesita prepararse para los desafíos que le presenta la vida. En algún momento de su vida, no obstante, uno se puede encontrar a la vuelta de la esquina con un gigante tan grande, tan formidable, que toda su preparación parecer  deficiente, y sus armas inútiles.  En ese momento será importante recordar que «de Jehová es la batalla»! Al final la forma como uno podrá vivir una vida libre de temor es por medio de la confianza, más concretamente, por medio de la confianza en Dios. «Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (1^a Juan 5:4). Así vivió David su vida.

VI. SI A USTED SE LE PRESENTA UN GIGANTE, ENFR NTELO DE INMEDIATO (17:48—51)

Después que David recogí las cinco piedras lisas, él no titube : Se dio prisa para enfrentar a Goliat.

Y aconteció que cuando el filisteo se levantó y echó a andar para ir al encuentro de David, David se dio prisa, y corrió a la línea de batalla contra el filisteo. Y metiendo David su mano en la bolsa tomó de allí una piedra, y la tir  con la honda, e hirió al filisteo en la frente; y la piedra qued  clavada en la frente, y cayó sobre su rostro en tierra (17:48—49).

David met  su mano en el saco pastoril, rebusc  en éste para encontrar 'la piedra más grande, la sacó, la puso en el receptáculo y comenzó a hacer girar la honda sobre su cabeza. La honda comenzó a zumbar, y en unos instantes estaba rugiendo. De repente, soltó David la piedra. Esta se fue zumbando por el aire, y se hundió en la frente de Goliat. Goliat cayó como si le hubieran disparado. Cuando el gigante se desplomó con gran estrépito, la tierra se estremeció.

Sin embargo, David no había terminado su trabajo. Podría ser que el gigante sólo hubiera perdido el conocimiento. Nuevamente corrió David (17:51). Corrió a toda velocidad hacia el cuerpo caído, y como no tenía espada, tomó la de Goliat. (Fue como si hubiera dicho:  Me prestas tu espada, para cortarte la cabeza? Gracias».) Con un contundente golpe, la macabra tarea se realizó.

Esta dramática victoria nos enseña que al final, la victoria no depende del tamaño ni de la destreza física, sino de nuestra relación con Dios.  No lo olvidemos! La victoria también nos enseña que cuando uno tiene que pelear con un gigante, no debe posponer el enfrentamiento. Cada día que pase sin enfrentar al gigante,  este tendrá un metro más de estatura! Cada día que pase será más

difícil resolver el problema. Enfrente sus gigantes con la ayuda de Dios, ¡y enfrentelos de inmediato!

VII. UNA VICTORIA PREPARA PARA LA SIGUIENTE (17:51—54)

Durante toda la vida de David, una victoria lo preparó para la siguiente. Sus victorias sobre los leones y los osos lo prepararon para este momento. Ahora esta victoria lo preparaba para las demás que vendrían. Antes que todo, la victoria de David ayudó al ejército de Israel. Me encanta la manera como lo expresa Lynn Anderson: «No sólo fue David acometedor, sino también animador».

Me imagino la escena que se dio después que David acabó con Goliat. Levantó la mirada para ver el ejército filisteo; allí estaban los soldados, con los ojos que se les salían, y boquiabiertos. David sacó otra piedra y, lanzándola al aire y tomándola de nuevo, dio voces diciendo: ¿Tienen más gigantes? ¡Todavía me quedan cuatro piedras!». Así reza el texto: «Y cuando los filisteos vieron a su paladín muerto, huyeron» (17:51b). Después, los israelitas que habían estado tan llenos de miedo bajaron en tropel la pendiente del monte, gritando: ¡dadme un gigante! ¡Yo también quiero uno!». «Levantándose luego los de Israel y los de Judá, gritaron, y siguieron a los filisteos» (17:52a). Por medio de su ejemplo, David les dio ánimo a sus congéneres israelitas.

La victoria de David también le dio ánimo a él mismo en batallas que vinieron después. Así dice el versículo 54: «Y David tomó la cabeza del filisteo y la trajo a Jerusalén, pero las armas de él las puso en su tienda». La cabeza de Goliat fue a parar a Jerusalén. ¿Por qué no se llevó David la cabeza para su casa? ¡No creo que su madre le hubiera permitido guardarla en la casa!) Las armas de Goliat, no obstante, sí se las llevó David para su casa. Todas las noches, cuando David se acurrucaba en su cama, él podía echar una mirada a las armas, y decir: ¡Dios me dio la victoria! ¡De Jehová es la batalla!». Todas las mañanas, cuando despertaba, podía verlas y decir: ¡Dios me dio la victoria! ¡De Jehová es la batalla!». Mañana y noche, un día sí y otro también, él tenía un recordatorio de que cuando uno se mantiene andando con Dios, uno tiene la victoria.

Cada vez que Dios le da una victoria, grabe los detalles de ese maravilloso evento sobre su corazón. Dios no desea que usted desperdicie una sola victoria; esto es lo que dice El: «¡No la olvides!». ¡Nada le dará más fortaleza para futuras batallas!

CONCLUSIÓN

«Padre nuestro que estás en los cielos, hay tantos que luchan con problemas — y son problemas que a veces parecen abrumadores. Pedimos que estés con cada uno de ellos y que los fortalezcas. Ayuda a cada uno de nosotros a hacer lo mejor que podamos para prepararnos para todo lo que la vida nos pueda deparar, pero que al final, aprendamos a depender de Ti, para que la victoria sea nuestra. Ayúdanos para que Contigo a nuestro lado, nada sea imposible. Bendice a cada uno de un modo especial. En el nombre de Jesús. Amén.»

El pelear con gigantes puede ser una ocupación solitaria. Cuando David marchó hacia el campo de batalla, ni Saúl ni el ejército le acompañaron. Estaba completamente solo —aparte de su Dios. Para hacerles frente a los gigantes, ¡uno necesita a Dios!